

JOSÉ RODRIGUES DOS SANTOS
EL SECRETO DE SPINOZA



PRIMERA PARTE

NACIÓN

El verdadero objetivo del gobierno es la libertad.

SPINOZA

Un barco cargado de leña se deslizaba suavemente por el Houtgracht, el canal de Ámsterdam hacia el que daba la ventana de la casa que había alquilado en esa bonita avenida el muy respetable señor Miguel de Spinoza; pero las vistas ya eran demasiado corrientes como para suscitar el interés de sus hijos. Hacía frío, era diciembre. La mayor, Miriam, una chica delgada de once años, se encogía en la mesa con su hermana pequeña Rebecca en brazos, que tan solo tenía cinco años, mientras que Isaac y Gabriel se hacían muecas el uno al otro. Sin prestar atención a sus hermanos, Bento se entretenía intentando entender la chocante escena a la que había asistido en la sinagoga.

—Tengo hambre —protestó Rebecca, llorosa—. ¿Cuándo llega papá?

—Tranquila, nuestro padre ha ido a buscar la comida donde doña Rute —la tranquilizó su hermana mayor—. Iba a cocinar una de esas *alheiras** de Mirandela que...

Justo en ese momento, la puerta de la calle se abrió bruscamente de par en par y todos dieron un salto del susto. Miraron

* Tipo de embutido de origen transmontano, oriundo del norte de Portugal. Se prepara con pan de trigo, grasa de cerdo y carnes variadas: pollo, conejo, perdiz, pavo, etc.

hacia la puerta y vieron a su padre, que irrumpía en la casa con una cesta por debajo del brazo y una botella de vino en la otra mano, exhibiéndola como si fuera un trofeo.

—¡Viva Portugal!

Al verlo, se quedaron estupefactos. Su padre, judío respetado y cumplidor de sus deberes, no era hombre de meterse en borracheras. Aquellos vivas a la patria les parecieron fuera de lugar. ¿Qué bicho le habría picado?

—¡Tengo hambre! —repitió Rebecca— ¡Quiero comer!

Con entusiasmo contagioso, Miguel se precipitó hacia la mesa del comedor, dejó allí la cesta y fue a la estantería a buscar una copa, que llenó de vino.

—¡Niños, hoy es día de celebración! —exclamó, al tiempo que levantaba la copa bien alto ¡Finalmente nuestra patria se ha librado de los españoles! ¡Viva la libertad! ¡Viva Portugal!

Se llevó la copa a la boca y se tragó todo el líquido de golpe. Sus hijos no entendían lo que pasaba, aquel comportamiento no era normal. Bento era el más intrigado de todos.

—Padre, ¿qué ha pasado? ¿Por qué está así? ¿Qué ha ocurrido en Portugal?

Miguel dejó la copa encima de la mesa y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Acaba de llegar de Lisboa un navío con la gran noticia —dijo— Se acabó la sumisión a España. Le hemos dado la patada a Felipe IV y hemos expulsado a los españoles. ¡El año 1640 pasará a los anales de la historia! Nuestro país, nuestro gran país, es libre otra vez. ¡Libre! ¡Portugal renace! ¡Viva Portugal!

Su padre se puso a bailar dando saltos en medio del salón y sus hijos lo imitaron, sumándose a la fiesta, aunque sin terminar de entender lo que pasaba. Bento fue el único que se quedó quieto en su sitio. No se podía decir que compartiera el entusiasmo de su padre. Tal como muchos otros *yehudim*

de la comunidad de Ámsterdam, Miguel era un patriota portugués y no admitía que hablaran mal de su país. El tema era tan importante para la comunidad que, quien se atreviera a criticar en público a los representantes de Portugal, se le aplicaría un *herem*, aunque las críticas a los representantes españoles eran perfectamente admisibles. Además, no era casualidad que la comunidad de Houtgracht se llamase a sí misma *a Nação*, nunca *la Nación*; y que en la sinagoga, toda la comunicación que no fuera litúrgica fuese siempre en portugués.

—¡Hemos expulsado a los españoles! —repitió un radiante Miguel, dando otro trago más de vino—. ¡Ahora otro gallo nos cantará! Verás, verás...

A Bento todo aquello le parecía absurdo, considerando que sentía simpatía por los españoles, sobre todo porque algunos de sus amigos de la sinagoga lo eran; pero entendía que tantos judíos de Ámsterdam hablaran así de la vieja patria, con aquella sentida nostalgia por la forma como les habían tratado, pues habían quemado a muchos de ellos en la hoguera por el único delito de creer en la Ley de Moisés. Además, noticias terribles de esas seguían llegando constantemente desde Lisboa, Oporto y Évora. ¿Cómo era posible que tanto su padre como otros de la *Nação* aún se considerasen grandes patriotas?

Aun así, entre los *yehudim*, la mayoría no veía ninguna contradicción entre el amor a Portugal y el odio al catolicismo. Una cosa era la patria, que amaban incondicionalmente y por la que suspiraban nostálgicos; otra completamente diferente era la maldita Inquisición, que les había forzado a abandonar su adorada tierra. En el caso de su padre, ese patriotismo portugués exacerbado se mezclaba con un acentuado celo ortodoxo judaico, lo que a su hijo se le hacía todavía más raro, incluso trágico.

—Tenemos que ayudar a la patria —añadió su padre, tan excitado que no se conseguía callar, aunque en realidad ha-

blaba más consigo mismo que con sus hijos—. Los Nunes da Costa andan diciendo que van a enviar un barco de guerra y municiones para ayudar a nuestra gente. Sí, porque los españoles no se van a quedar de brazos cruzados. Son tiempos peligrosos. ¡Tenemos que ayudar a nuestro país!

En casa, todas las conversaciones eran en portugués, la lengua materna de la familia Spinoza. En realidad, era la lengua natural de la comunidad de marranos en Ámsterdam, conocidos por los neerlandeses como «los portugueses», aunque algunos de ellos, una minoría, tuviera origen español. La mayor parte de los miembros mayores de la comunidad ni siquiera se había molestado en aprender neerlandés, aunque ya llevaban viviendo allí algún tiempo. Bento y sus hermanos estaban familiarizados con la lengua local, claro está, ya que habían nacido en Ámsterdam; y sus contactos con la población nativa, aunque no fueran muchos, eran suficientes como para conseguir hablar neerlandés, aunque naturalmente sin la misma facilidad con la que dominaban la lengua materna, el portugués.

Miguel, por su parte, seguía el ejemplo de los hombres de su generación y se resistía obstinadamente al neerlandés. Acusaba a los habitantes de Ámsterdam de roncar en vez de hablar, se quejaba todo el tiempo de que era una «lengua de cafres» incomprensible; para él, era completamente impensable aprenderla.

—¡Tengo hambre! —volvió a protestar Rebecca, cansada del baile y con los ojos clavados en el plato vacío—. ¿Y la comida?

Su padre volvió a la realidad mundana de su hogar, metió las manos en la cesta que había dejado encima de la mesa.

—Ya va, ya va...

Se puso a canturrear canciones portuguesas de su juventud, alegre y efusivo, finalmente sacó de la cesta las famosas *alheiras* de doña Rute, la vieja judía que había escapado de Trás-os-Montes con su familia y que solía hacerles la comida.

Miguel repartió la comida en los platos y después, dejó encima de la mesa un puñado de naranjas del Algarve, adquiridas por su empresa de importación de fruta portuguesa.

—Hoy vamos a comer hasta que reventemos —dijo, haciendo un gesto a sus hijos para que empezaran a hacerlo—. Tenemos que conmemorar a lo grande el renacimiento de nuestro Portugal.

—Padre, ¿la Inquisición se va a acabar?

Miguel respondió con una mirada escéptica.

— Eso no lo sé. Lo que sé es que si hemos acabado con los españoles y, de una vez por todas, podremos finalmente retomar las relaciones con nuestra amada patria.

—Pero padre, nosotros ya compramos fruta a Portugal...

Era cierto, todos lo sabían. España había declarado el bloqueo al comercio con los Países Bajos, pero los funcionarios portugueses, a quien les agradaba todo lo que irritara a los españoles, pasaban por alto la prohibición de comercio con los neerlandeses y, sobre todo, con los portugueses de Ámsterdam, para lo que bastaba apenas una intermediación alemana, inglesa o francesa para guardar las apariencias. El comercio entre los Países Bajos y Brasil seguía gracias a la colaboración de los comerciantes portugueses, en cuyo nombre los neerlandeses habían colocado sus navíos y sus productos, mientras que los portugueses siempre habían respetado a sus verdaderos propietarios, a pesar de que los papeles legales dijeran lo contrario. Los funcionarios portugueses llegaban incluso a alertar a los neerlandeses de que sus bienes estaban amenazados por los españoles.

—Comprábamos a escondidas, Bento. Pero ahora todo estará a las claras. ¡Hay que celebrarlo!

Al ver a su padre tan animado, Bento pensó que quizá era un buen momento para aclarar el asunto que desde hacía varios días tanto le perturbaba. El pequeño tenía una mente in-

quieta y le gustaba comprenderlo todo al detalle, sobre todo la causa de las cosas, pero sabía que su padre no siempre estaba disponible para responderle. Normalmente, eso le hacía retraerse, ya que no le gustaba agitar las aguas. Había que mantener el *shalom bait*, es decir, la paz en el hogar. Pero en ese momento, el ambiente parecía propicio. Tenía que ser sagaz a la hora de abordar el asunto.

Esperó a que todos empezaran a comer, mientras su padre seguía saboreando en voz alta la proclamación de la independencia de Portugal de España, deleitándose con un buen vino que había abierto para celebrar la ocasión. Cuando el entusiasmo se tranquilizó un poco, lo que sucedió cuando se comían las naranjas, jugó su baza.

—¿Mamá conocía a ese señor?

Lo preguntó como si se le acabara de ocurrir. Miguel no entendió la pregunta en el contexto de la restauración de la independencia de Portugal, por lo que le devolvió una mueca de incomprensión.

—¿Qué señor?

—El que profirió las blasfemias y a quien el otro día le anularon el *herem* en la *esnoga*.

Al darse cuenta de a quién se refería su hijo, Miguel se puso serio.

—Ah, Uriel da Costa. ¿Qué pasa?

—En la *esnoga*, él dijo que se llamaba Gabriel...

—Sí, pero todos lo conocen como Uriel. ¿Por qué hablas ahora de ese desgraciado?

Sabía que era un asunto sensible, por lo que el pequeño fingió tener poco interés en el tema.

—Padre, usted dijo que su familia se relacionaba con mamá...

—Se relacionaba con la familia de mamá —corrigió su padre, enfatizando la palabra familia—. Dios quiso que los Garcês y los Costa se conocieran cuando vivieron en Oporto.

—Si nuestras familias eran próximas, quizá no deberíamos haberle pisado...

El jefe de la familia dudó. Normalmente no hablaría de aquellos temas con sus hijos, eran demasiado pequeños para poder entender las cosas del mundo, pero la alegría por la independencia de Portugal y los efectos del vino le bajaron la guardia. Si el chico quería entender lo que había pasado en la sinagoga, ¿por qué no aclarárselo?

—Uriel ofendió a Dios bendito y, por la gracia de Amonai, Nuestro Señor, tuvo que mostrar su arrepentimiento y enfrentarse al castigo adecuado a la dimensión de sus pecados para que pudieran anularle el *herem* —explicó su padre—. Lo pisamos porque fue esa la orden que nos dieron los señores del *ma'amad*, obedeciendo así la voluntad de Dios. Si te digo la verdad, incluso es bueno para Uriel, ya que le permitió ser perdonado, para así poder ser reintegrado en la *Nação*.

Fingió que le interesaba poco el asunto que esos días dominaba todas las conversaciones entre los *yehudim*, lo sucedido hacía poco en la sinagoga alimentaba mucho las charlas de los portugueses en Ámsterdam. El más atento de los hijos de Miguel dio un mordisco distraído a la *alheira* que le había tocado.

—En el colegio, el otro día un compañero me contó cosas de Uriel —dijo como quien hablaba de cosas mundanas, como del estado del tiempo—. Parece que habló en contra del Talmud.

El Talmud, libro de la ley judaica, exponía la ley oral que regulaba las ceremonias rabínicas y la propia vida diaria de la comunidad, sirviendo así como base a todos los códigos legales de los judíos.

—Uriel es un idiota.

—Padre, ¿cómo se puede hablar en contra del Talmud?

La mirada de Miguel se desvió hacia la ventana, como si tratara de buscar en ella la respuesta. El Houtgracht, que cortaba a la mitad el barrio portugués de Ámsterdam, con las bellas fachadas de las casas alineadas a lo largo de los dos márgenes del canal, estaba en ese momento sin tráfico. Al otro lado del canal se podía ver Antwerpen, el nombre con el que todos conocían al edificio que durante años había albergado la sinagoga de Bet Jacob, la vieja congregación frecuentada por los Spinoza y que durante tanto tiempo había estado liderada por el prestigioso *jajam*, Saul Levi Morteira. Bet Jacob se había fundido dos años antes con otras dos congregaciones y ahora se reunían en una única sinagoga, situada a algunos centenares de metros de distancia y liderada por el mismo *jajam* Morteira, ahora como rabino jefe de toda la comunidad. Fue allí donde había sucedido la dramática anulación del *herem* a Uriel da Costa.

—Uriel nació católico y durante algún tiempo incluso fue tesorero de la Iglesia —contó—. Su padre también era católico, pero su madre era conversa, gracias a Dios.

Su hijo hizo una mueca.

—¿Doña Sara... conversaba?

La pregunta le sacó a Miguel una sonrisa, solo un niño podría confundirse de esa forma.

—Conversa significa que era judía y se convirtió o la convirtieron al catolicismo —explicó—. En las tierras de la idolatría, como Portugal y España, no se puede ser judío, como bien sabéis. Por tanto, a todos nos convirtieron a la fuerza. A la madre de Uriel también. Por eso nos llaman conversos, cristianos nuevos o marranos. Lo que pasa es que doña Sara siguió siendo judía de corazón, ¿lo entiendes? Con la ayuda de Adonai, el Misericordioso, convenció a sus hijos de que regresaran en secreto a la verdadera fe, incluido Uriel. Por miedo a la Inquisición, acabaron todos huyendo y fue aquí,

con la gracia de Dios, donde encontraron protección. Tan solo su padre, un aristocrático cristiano de Oporto, se quedó adorando a estatuas y santos, a toda esa idolatría pagana que tanto les gusta a los católicos.

—Si el señor Uriel es judío, ¿cómo puede hablar en contra del Talmud?

—Uriel vivió toda su vida entre cristianos y, cuando con ayuda de Dios volvió a la verdadera fe, creía que el judaísmo era solo la Torá con las leyes de Moisés. No sabía que había una serie de reglas establecidas en la ley oral por los sabios y rabinos. Cuando llegó aquí y deparó en ellas, reaccionó mal. Dijo que una cosa era la ley absoluta de Dios y otra las invenciones de los sabios y los rabinos, que eran totalmente ajenas a la ley divina enunciada por Moisés.

Bento frunció el ceño, era la primera vez que escuchaba algo así.

—¿La ley oral del Talmud es una invención?

—Fue lo que él dijo, el blasfemo. La circuncisión, los filacterios, el *taillot*... todo invenciones que no tienen nada que ver con la ley de Dios. Uriel entró en completa herejía, claro está. Lo que yo creo es que se desilusionó con las prácticas que encontró aquí, en Ámsterdam. Llamó a nuestra comunidad secta liderada por fariseos y otros disparates que ni te imaginas. Incluso escribió una basura de libro maldito titulado *Propuestas en contra de la Tradición*. Le pareció mal a todo el mundo y menos mal que así fue. Nadie estaba dispuesto a soportar todas esas blasfemias ofensivas contra Dios.

—¿Por eso le aplicaron el *herem*?

—Por eso... y por cosas peores.

Su padre se calló, como si lo demás fuera tan terrible que ni siquiera podía pronunciarlo.

II

El súbito silencio de su padre intrigó a Bento aún más. ¿Habían excomulgado a Uriel da Costa porque había afirmado que las prácticas inscritas en el Talmud no tenían nada que ver con la ley de Dios y no eran más que invenciones de sabios y rabinos? ¿Y Uriel había dicho cosas aún más graves? ¿Qué podía ser más grave que lo que acababa de oír?

—¿Qué es peor que decir que el Talmud es una invención?

Miguel miró a su hijo con detenimiento. Sabía que no era una conversación adecuada para un chiquillo de ocho años. Pero también sabía que Bento solo era pequeño de cuerpo y edad. Como se decía en su infancia en Vidigueira, el chico tenía la cabeza bien amueblada y a él no le daban gato por liebre. Era listo. Tenía ocho años, cierto, pero a veces parecía más adulto que muchas personas mayores.

Sí, ¿por qué no contarle el resto? A fin de cuentas, interesado como estaba, si no le explicaba las cosas, se pondría a hacer preguntas inoportunas a todo el mundo y eso podría resultar aún más inconveniente. Además, lo que escuchara de la boca de otros no lo podía controlar, sobre todo las herejías que llevaron a aplicar el *herem* a Uriel da Costa. Si las tenía que escuchar, al menos que se las contara su padre, que velaba por la educación del buen *yehud*.

—Afirmó que el alma no es inmortal.

Lo dijo en voz baja, como si tuviera miedo de que la herejía de esas palabras impías también lo manchara a él. Su hijo abrió la boca, estupefacto.

—¿El señor Uriel dijo eso?

Consciente de la gravedad de la afirmación, Miguel dijo que sí con la cabeza.

—Ese lunático parecía que andaba con la mosca detrás de la oreja, pobre. Empezó a proclamar a los cuatro vientos que el alma se engendra en el cuerpo, que no la crea Dios de forma separada para colocarla después dentro de nosotros y que, por eso, no sobrevive a la muerte. ¡Un sacrilegio horroroso! Y no queda ahí la cosa, el blasfemo prosiguió. Dijo que no hay vida después de la muerte, que no hay castigo eterno para los pecadores, que para los justos no hay Olam Habá, el mundo después de la muerte... ¡que no hay nada! Por si esas herejías infames no bastaran, el loco llegó incluso a decir que la Ley de Moisés al final no viene de Dios, sino de los hombres, ya que contradice las leyes naturales. —Soltó un bufido—. En fin, una blasfemia completa sin pies ni cabeza.

Todo eso era una novedad para el pequeño Bento. Nunca había oído hablar nada de eso en la sinagoga, mucho menos en el colegio, ni siquiera en las conversaciones que a menudo mantenían los adultos. ¿El alma nacía y moría con el cuerpo? ¿Los hombres inventaron la ley divina? ¿Al final no existe el Olam Habá donde Dios recibe a los justos tras la muerte? ¿Qué era todo eso? Le parecía tan sorprendente que, durante unos instantes no supo ni qué decir ni qué pensar. Se llevó a la boca un gajo de naranja para ganar tiempo, a la vez que intentaba ordenar el torbellino de pensamientos que en esos momentos le alteraban el espíritu.

Le asaltó una duda.

—Si él cree todo eso, ¿por qué fue el otro día a la *esnoga* a pedir perdón?

Su padre hizo un gesto indefinido con la mano.

—Un *herem* es algo duro de enfrentar, Bentito —explicó Miguel—. Cuando te excomulgan, nadie más en la *Nação* te habla. Nadie. Ni siquiera tu familia, ¿lo entiendes? Simplemente dejas de pertenecer a la comunidad. Es como si no existieras. Has ofendido a Elohim, el Dios infinito, y por eso, quedas prohibido.

—¿Su familia le retiró la palabra?

—Sus hermanos cortaron relaciones con él, siguiendo la voluntad del Señor. Uno de ellos, Abraham da Costa, incluso estuvo conmigo en el *ma'amad* de la congregación Bet Jacob. Un judío como Dios manda, que respeta a Dios, creyente, cumplidor, justo. No tiene nada que ver con el blasfemo de Uriel, ese miserable que tanto ha ofendido a Dios bendito.

—¿Y su madre?

Estaba claro que a ese niño no se le escapaba nada. No cabía duda de que el chico tenía la cabeza bien amueblada.

—Doña Sara fue la única que siguió acogiéndole. Pobre mujer. Lo cierto es que también tendrían que haberla excomulgado por ello, ya que el *herem* prohíbe a cualquier judío, incluidos los familiares, hablar con el excomulgado; pero los rabinos hicieron la vista gorda, se inspiraron en la misericordia de Amonai y le ahorraron a la desgraciada más sufrimientos. Pero ese aislamiento desesperó a Uriel, como se suponía. Fueron años y años sin que nadie le hablara, excepto su madre. Después de todo este tiempo, no aguantó más y, claramente inspirado por la gracia de Dios, decidió finalmente someterse a la verdad eterna y pidió perdón a la *Nação*. Fue lo que viste el otro día en la *esnoga*.

La escena en la sinagoga volvió a aflorar en la mente del pequeño Bento. La entrada tensa de Uriel en el santuario, los ojos curiosos de los *yehudim* que lo miraban, la declaración de arrepentimiento que leyó en la *bimah*, la flagelación junto a la

columna, la revocación del *herem* por parte del rabino Morteira, los pisotones humillantes en los peldaños de la salida. Ahora todo estaba claro.

—Padre, ¿me da permiso?

Lo preguntó Miriam, la mayor de los hermanos. El jefe de familia asintió con un gesto displicente y la niña se puso de pie, apiló los platos de sus hermanos y se los llevó a la cocina para lavarlos. Los ojos de Miguel acompañaron a su hija, pensativo. Tenía cinco hijos, aún eran demasiado pequeños y él solo no iba a ser capaz de educarlos. No cabía duda, necesitaba ayuda.

—Mañana voy a Dotar.

Dotar era el nombre con el que se conocía a la Santa Compañía de Dotar Órganos y Doncellas Pobres. Era una institución creada en 1615 por los judíos portugueses en Ámsterdam para ayudar a chicas pobres «de la nación portuguesa y castellana», normalmente judías ibéricas, para que vinieran a la gran ciudad holandesa a casarse con un judío portugués o español. La verdad es que en la comunidad de Ámsterdam faltaban mujeres, porque a la República de las Siete Provincias Unidas de los Países Bajos lo que más llegaban eran hombres que huían de la Inquisición o en busca de oportunidades de negocio. Había que encontrarles esposa. Como estaba totalmente fuera de lugar que los judíos de Ámsterdam se casaran con las neerlandesas, lo que violaba tanto las leyes judaicas como la propia ley de las Provincias Unidas, así como las condiciones impuestas por los neerlandeses para aceptar a los judíos en su tierra, la única forma de resolver el problema era importar judías casaderas. Ni hablar de judías *tudescas*, procedentes de esas comunidades de judíos de las tierras alemanas o de Polonia, pobretonas que no tenían donde caerse muertas, tampoco tenían *yuchasim*, el indispensable *pedigree* ibérico. Por eso, solo las de origen portugués o espa-

ñol eran las adecuadas. Los hombres de la *Nação* solo se casaban con mujeres de la *Nação*.

Bento no pasó por alto la noticia.

—Padre, ¿va a volver a la gestión de Dotar?

Hacía años, Miguel había pertenecido a la dirección que dirigía la Santa Compañía de Dotar, lo que justificaba la pregunta.

—Voy a... bueno, a tratar unos asuntos.

La forma evasiva como había respondido el jefe de familia dejó claro que no tenía intenciones de explicar los motivos de la visita, por lo que el más listo de sus hijos no siguió haciendo preguntas sobre ese tema; estaba claro que, más preocupado con la gestión de Dotar, lo que le interesaba realmente era gestionar una nueva esposa. Bento se dispuso a pedir permiso para levantarse e ir a ayudar a su hermana a lavar los platos, pero en ese instante se escucharon gritos procedentes de la calle.

—¡Es la fiesta! —exclamó Miguel, al tiempo que recuperaba el entusiasmo por la noticia que esa misma mañana había llegado de Lisboa—. ¡Todo el mundo celebra Portugal!

Miguel y sus hijos salieron de sus lugares y fueron a ver qué pasaba. Vivían en una calle conocida como Burgwal, desde la puerta de la entrada vieron a un grupo de portugueses junto al canal. Lo raro es que no parecían estar celebrando nada. Al observar mejor a la multitud, se dieron cuenta de que agarraban a una anciana que parecía querer lanzarse al Houtgracht. Miriam, la hermana mayor, fue la primera en reconocerla.

—¿Aquella señora no es doña Sara?

Su padre y hermanos comprobaron que se trataba de Sara da Costa, la conversa que décadas antes había abandonado a su marido católico para huir con sus hijos, incluido el blasfemo Uriel, para vivir con ellos como judía en Ámsterdam.

Miguel salió de casa con todos sus hijos detrás y se dirigió hacia el grupo de portugueses. La anciana se debatía en medio de ellos.

—¡Dejadme! —gritaba ella, fuera de sí— ¡Dejadme! ¿Quién os creéis que sois, ignorantes, para hacer lo que habéis hecho? ¡Vosotros, que tanto os persiguieron y ahora os habéis convertido en perseguidores! Huimos de la maldita Inquisición en la tierra de la idolatría y al final hemos creado una nueva Inquisición, ¡la Inquisición de la *Nação*! Dejadme, ¿me habéis oído? Sois unos impíos, unos brutos, unos... unos...

La mujer parecía poseída y, en medio de un sinfín de insultos, con el rostro en lágrimas, intentaba soltarse a toda costa de los brazos que la agarraban y le impedían lanzarse al agua. Miguel preguntó a uno de los mirones que había en el grupo.

—¿Qué ha pasado?

—Buenas tardes, señor Spinoza —le saludó el hombre—. Es doña Sara. Quiere tirarse al río.

—Eso ya lo veo, pero ¿por qué?

—Por lo que le ha pasado a su hijo, claro.

Miguel pestañeó. La ceremonia de revocación del *herem* había sido dura, sin duda. En realidad, había sido una terrible humillación para Uriel. Pero le parecía que el momento para reaccionar así ya había pasado; además, justo ahora los portugueses de Ámsterdam deberían estar celebrando la liberación de su vieja patria del yugo español.

—Amigo, eso pasó hace días —señaló—. Hoy tenemos que cantar y bailar por *nuestro* Portugal.

El mirón observó a su interlocutor, como si lo que acababa de decir no tuviera ningún sentido.

—Esto no es por culpa de la ceremonia del otro día en la *esnoga*, señor Spinoza.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué pasa?

La mirada del hombre se desvió momentáneamente hacia Sara da Costa, que todavía se debatía con furia y desesperación en los brazos de los hombres que la impedían tirarse al Houtgracht. Parecía perdida, con el pelo alborotado, los ojos enloquecidos, los mocos escurriéndole por la nariz, la voz ronca de tantos gritos y ese semblante demente estampado en un rostro que parecía retorcerse de dolor.

—Uriel se ha matado.